

a muchos una paradoja o una añeja preocupación; pero me parece imposible reconocer ni siquiera un bosquejo de civilización allí donde en vano se buscan los primeros principios del derecho.

Cuando quiero juzgar a un hombre, no pregunto si es sabio o si tiene genio, sino si es justo, fuerte y bueno; esas cualidades son la perfección esencial del hombre; las otras no son sino accesorios y adornos; del mismo modo que algunos descubrimientos mecánicos o científicos, monumentos más prestigiosos que las Pirámides, o más elegantes que el Partenón, lenguas de una estructura admirable, bellas poesías y profundas ideas metafísicas no constituyen a mis ojos la civilización y la humanidad de un pueblo. La igualdad del derecho, la libertad, el respeto del hombre por el hombre, el sentimiento de la dignidad individual, el movimiento y la vida: he ahí la única medida de la civilización.

Los griegos, cualquiera que sea su inferioridad bajo otros aspectos, tienen sobre sus predecesores de Oriente la inmensa ventaja de formarse una idea justa de la sociedad; porque la pequeña ciudad helénica, con todos sus defectos, es ya la justicia y la humanidad en pequeño. Extiéndase el Estado oriental sobre toda la superficie del globo, y no tendréis más que un inmenso rebaño; extiéndase la ciudad griega, tomada en sus principios verdaderamente orgánicos, y tendréis la humanidad. Los helenos me parecen el pueblo elegido por excelencia, digno de llevar el ministerio sagrado del pensamiento y de la civilización.

No hay duda que la civilización no estaba en sus primeros tanteos; y aun si se va de la India a Persia y de ésta a Grecia, se puede admitir que hay un movimiento continuo del sacerdote al guerrero y del guerrero al ciudadano antes de terminar hasta el hombre.

Convengo en que la religión india contiene la más sublime metafísica; pero la metafísica no es la vida ni la virtud.

¿Qué es el hombre en la India? Una nada que temería ser algo y que aspira a perderse en la vida inerte y tenebrosa de la substancia universal.

El fiel no es ya en Persia un religioso o un asceta ávido del anonadamiento, es un soldado siempre en armas contra el genio del mal; le resiste, le ataca, le combate, le persigue, no ya con sus mortificaciones monstruosas, que son la loca santidad del indio, sino con actos útiles a la sociedad.

Si se pudiera olvidar por un momento el despotismo oriental y la institución del serrallo, tan énervante para el hombre como degradante para la mujer, se creería descender al pasar de Persia a Grecia; de tal modo las fábulas religiosas de Homero y de Hesíodo parecen juegos infantiles al lado de la fe idealista de los magos. Pero considérense los derechos del ciudadano griego, su adhesión a la obra común, su entusiasmo por la libertad, su inteligencia y su actividad siempre desvelada, y se convendrá que toda la superioridad está, por el contrario, del lado de los helenos, debido a que el ciudadano griego es ya un hombre que tiene conciencia de sí mismo y de lo que vale.

Los griegos llegaron rápidamente a la madurez y a la edad del hombre, porque entre ellos las ideas engendrabán las ideas y todo progreso iba seguido de otro progreso. Su genio no tiene nada del de los pueblos petrificados del Oriente. La raza helénica se nos presenta, desde los tiempos más remotos, libre de las trabas sagradas, que detienen e inmovilizan la humanidad so pretexto de sostenerla; y ya puede verse en Homero que hace consistir la vida en el movimiento y en la libertad.

Pero hasta el momento en que la humanidad tomó en Grecia pleno conocimiento de sí misma por la filosofía, el progreso lento y obscuro parece más bien obra de una fuerza natural y fatal que del hombre, porque viene del instinto, de las necesidades del clima, de mil circunstancias físicas o políticas, y no del pensamiento libre